PENSAMIENTOS MORALES

DE ISÓCRATES,

TRADUCIDOS DEL FRANCES

AL CASTELLANO

POR

D. Enrique Ataide y Portugal.

TOMO QUARTO.



CON LICENÇIA.

En Madrid, en la Oficina de AZNAR.

AÑO M.DCCC.II.

Se hallará en la Librería de Castillo, *frente á las gradas de S. Felipe.*

COMPENDIO DE LA VIDA DE ISÓCRATES.

Isócrates nació en Atenas el primer año de la olimpiada 86, cinco años antes de la guerra del Peloponeso, y 436 antes de la era cristiana (1). Teodoro, su padre, era Mercader de instrumentos de música, que fabrica-

(1) Nos contentamos con dar aquí un compendio sucinto de su vida; y con hacerle conocer sobre todo, como filósofo y moralista.

ban sus esclavos. Este comercio no le enriquecia demasiado para vivir con abundancia, y dar á sus hijos la mejor educacion. Isócrates, mas felíz que Demóstenes, cuyos primeros años fueron desperdiciados, fué instruído en la eloqüencia por los mas hábiles maestros de su tiempo; y tuvo la ventaja de contar en este número á Pródico, Gorgias, Tisias y Terameno, casi todos revestidos de empleos públicos, y que enmedio del exercicio de sus honrosos cargos, enseñaban el arte de hablar bien, el qual les habia hecho llegar al estado en que se hallaban.

Toda la ambicion de Isócrates era la de servir á su patria como orador, y hacer conocer sus talentos y sus virtudes

en el gobierno del Estado; pero lo débil de su voz, y una timidéz insuperable, no le permitieron jamás el subir á la tribuna: y así se ciñó á componer varios discursos sobre diferentes materias, y á abrir una escuela de eloqüencia, en la qual formó discípulos, que no solo fueron grandes oradores, sino maestros hábiles, famosos políticos, y excelentes escritores en todo género.

Su vida fué muy larga, y en ella no experimentó aquellas incomodidades, quasi siempre inseparables, de la mucha edad. Ciceron cita la vejez de Isócrates como un exemplo de aquellas vejeces dulces y agradables, efecto ordinario de una vida tranquíla, sábia y arreglada.

En sus últimos años compu-

so su Panatenaïca, que tenemos todavía, y en la qual se ven brillar algunas centellas de su antiguo ingenio.

La pérdida de la batalla de Chêrona le causó la mas viva pena; y puede decirse, que él fué uno de aquellos á quien este revés funesto arrebató á la Ciudad de Atenas. Él previó todas las conseqüencias; y no pudiendo sobrevivir á la libertad de su patria, se obstinó, durante algunos dias, en no tomar alimento alguno, y murió en fin á los noventa y nueve años de su edad.

Si los autores se pintan en sus escritos, no se puede concebir una idea bastantemente ventajosa del carácter de Isócrates. En ellos se ven por todas partes

excelentes lecciones de moral para las repúblicas, para los Monarcas, y para los particulares: se hallan tambien sobre la religion, ideas tan sanas, como podian esperarse de un filósofo nacido en el seno del paganismo, y abandonado á sus solas luces. Las fábulas indecentes relativas á los dioses, que el genio de los poétas habia acreditado, le inquietaban; y en uno de sus discursos declama fuertemente contra los principales inventores de la antigua mitología. Todas sus obras anuncian una nobleza de alma, y una generosidad tan grande como la que se habia observado en varios rasgos admirables de su vida.

Muchas personas se han formado de este orador una idea

absolutamente falsa, pues no le miran sino como un escritor pulido y agradable, sin ver apenas en él un filósofo grande, y un excelente moralista. Para desengañarlas, es suficiente traer aquí los testimonios de Platon, y de Dionisio de Halicarnaso. Escuchemos luego á Platon, el qual, en su diálogo intitulado *Phedro* hace hablar así á Sócrates:

"Isócrates es jóven, mi caro
» Phedro; pero quiero decirte lo
» que de él vaticíno. Yo lo en-
» cuentro de un ingenio supe-
» rior á Lysias para la eloqüen-
» cia, sin contar con que tiene
» mas gusto para la virtud y
» para la sana moral. De suerte,
» que con el tiempo, y si per-
» severa en el género de estúdio,
» al qual se aplica, no habrá de

„ qué admirarse si algun dia so-
„ brepuja á todos los oradores
„ que le han precedido, así como
„ un hombre se aventaja á un
„ muchacho : y si en este estú-
„ dio no halla con qué satisfacer
„ sus deseos , puede ser que se
„ le vea , apoderado de un mo-
„ vimiento divino , elevarse á al-
„ guna otra cosa mas sublime,
„ porque este jóven es filósofo
„ naturalmente."

Dionisio de Halicarnaso no es menos favorable á Isócrates, que Platon. "Lo que hace para
„ siempre digno de elógio á Isó-
„ crates , dice este crítico juicio-
„ so , es la eleccion de asuntos
„ siempre nobles , siempre gran-
„ des , y siempre dirigidos á la
„ pública utilidad. No se propu-
„ so solamente el hermosear el

„ arte de la palabra, sino que
„ quiso tambien perfeccionar las
„ almas, y enseñar á sus discípu-
„ los á gobernar sus familias, su
„ patria, y el cuerpo entero de
„ la Grecia. Todos sus discursos
„ respiran, y hacen nacer el amor
„ de las virtudes públicas y pri-
„ vadas."

Nada puede añadirse á estos testimonios, sino la exposicion misma de la moral de Isócrates: el público por sí mismo verá, por los extractos que hoy ponemos á su vista, si Platon y Dionisio de Halicarnaso han exâgerado. Tres de sus discursos, de los quales, dos han sido compuestos para Nicoclés, Rey de Salamina, y el tercero dirigido á un jóven ateniense, nombrado Demónico, nos han surtido el

mayor número de máxîmas: tambien hemos extractado algunas, de otros diferentes discursos sobre diversos asuntos. Presentarémos alguna vez en masa ciertos lugares un poco mas extendidos, llenos de grandes lecciones, que no debiamos omitir, y que no habriamos podido reducir á máxîmas separadas. En fin, hemos tratado de formar un cuerpo de moral interesante, propio para hacer conocer el grande escritor, del qual hemos sacado estos excelentes preceptos.

El manual de Epicteto, que ya se ha publicado, encierra, así como el discurso de Isócrates á Demónico, una continuacion de máxîmas morales mas ó menos extendidas; pero estas máxîmas son bien diferentes, ya por el fon-

do, y ya por la forma. Epicteto, filósofo austéro, traza reglas, y prescribe preceptos á todos los hombres, para enseñarles á poner su virtud y su felicidad al abrigo de todas las opiniones humanas, y de todos los acaecimientos. Su sabio será dulce y firme, porque no se espantará, no se irritará, no se afligirá, ni se alegrará de nada; pero será frio y apático. La moral de Epicteto es pura y sana; su estílo es vivo y ajustado, pero sin dulzura y sin gracia.

Isócrates, filósofo mas agradable, y menos severo, enseña á su jóven discípulo, no solo á mantenerse felíz y virtuoso en medio de los hombres, sino á agradar á aquellos con los quales debe vivir: á no incomodar-

los con su manejo: á usar de prudencia y circunspeccion en él gobierno económico de sus intereses; y á prestarse tambien alguna vez á las circunstancias de los tiempos, y al gusto de las personas. Su moral, aunque muy pura generalmente, no es siempre de la mayor severidad: la diccion es grave, pero dulce y suave: el escritor hizo estúdio de contentar el entendimiento con la precision del estílo: de elevar el alma con la grandeza y nobleza de los sentimientos; y de halagar el oído con los encantos y harmonía del lenguage.

PENSAMIENTOS MORALES DE ISÓCRATES.

I.

En los discursos de moral no hay que buscar cosas nuevas, porque estas materias no nos ofrecen sino verdades simples y comunes, sacadas de las acciones ordinarias de la vida. El mérito de estas obras consiste en juntar, quanto es posible, las máxîmas esparcidas entre todos los hombres, y presentarlas de un modo interesante.

II.

Las lecciones que se dirigen á los particulares, solo aprovechan á ellos mismos: instruír á los Soberanos y á los pueblos, es asegurar al mismo tiempo la autoridad de los unos y la felicidad de los otros.

III.

Estimad sobre todo al hombre sabio, que tiene grandes miras, y persuadiros á que un amigo de buen consejo, es de todos los bienes, el mas precioso, el mas necesario, y el mas digno de un Rey.

IV.

Creed que contribuís eficazmente á extender vuestro Impe-

rio, si gustais de que os inspiren el gusto de los conocimientos útiles.

V.

Segun sea la sabiduría del Soberano, así será la gloria y la prosperidad de su reyno.

VI.

Trabajad en sobrepujar á los otros en mérito, tanto como los sobrepujais en grandeza y dignidad.

VII.

No os imagineis que los cuidados del estúdio, tan útiles por otra parte, no sean de socorro alguno para hacernos mas virtuosos y mas sabios: el hombre sería demasiado infelíz, si habien-

do hallado el medio de adiestrar y domesticar los animales mas feroces, no pudiera formarse él mismo para la virtud.

VIII.

Traed junto á vos quantos sabios haya en vuestro reyno: traedlos tambien, si es necesario, de los países mas remotos: buscad á los poétas y filósofos mas estimables: oíd las máxîmas de los unos, y practicad las lecciones de los otros. Por lo que hace á las artes y las habilidades, contentaos con ser juez; pero en todo lo que tiene relacion con el reynar, sed zeloso de disputar vos mismo el precio.

IX.

No es necesario exhortaros á

que os instruyais, si conoceis bien quanta indignacion causa el que el insensato gobierne al sabio, y que el hombre sin mérito, mande al hombre de un mérito distinguido. Mientras mas os choque la ignorancia en los otros, mas priesa debeis daros para adquirir conocimientos útiles.

X.

Amad á los hombres, y amad á vuestros vasallos. Si no amásemos á todos los seres, cuyo cuidado nos está confiado como hombres y animales, ¿cómo podriamos gobernarlos? Amad, pues, al pueblo, y hacedle amar vuestra autoridad. Persuadido á que todo gobierno se mantiene con el cuidado de saber manejar los intereses de la multitud: vos sa-

breis protegerla y contenerla á un propio tiempo : vos elevaréis á los honores á los mas dignos ciudadanos , y defenderéis á los otros de la opresion.

XI.

Cambiad y reformad las ordenanzas y las costumbres viciosas : adoptad los sabios reglamentos de los extrangeros , si vuestra sabiduría no os los dicta mejores : no establezcais sino leyes justas , útiles y conseqüentes , tan poco capaces de producir enredos entre los ciudadanos, como propias para acabarlos prontamente; porque tales son las qualidades que deben tener las buenas leyes. Haced de modo que sea tan facil el enriquecerse en el comercio , como arruinarse pley-

teando ; por este medio se evitará lo uno , y se apresurarán hácia lo otro. Sea siempre vuestra justicia imparcial , y sorda al favor , y vuestros juicios, siempre los mismos , no se muden sino segun los objetos. La dignidad del Príncipe , y el adelantamiento de los pueblos , piden que estos sentimientos tengan el carácter de buenas leyes , y sean tan inmutables como ellas.

XII.

Gobernad vuestro reyno como un padre gobierna su familia. Sed tan magnífico quando se trata de desplegar el aparato de la magestad real , como económico en vuestra vida doméstica, y en la administracion de vues-

tras rentas : éste es el medio de sostener el honor de vuestra clase, y de ser para todo.

XIII.

No intenteis brillar con estériles profusiones, las quales se desvanecen, y no dexan despues señal alguna : mostrad magnificencia, sea en las grandes ocasiones en que debeis manifestaros, en la adquisicion de posesiones sólidas, ó en recompensar á los amigos fieles. Los gastos de esta especie no los perderéis, y serán mas provechosos para vuestros descendientes, que las vanas suntuosidades.

XIV.

Sed fiel inviolablemente á la religion de vuestros padres. Acor-

daos de que el homenage de un corazon recto y virtuoso honra mas á los inmortales, que la pompa del culto exterior y la multitud de víctimas: mas bien se obtiene de ellos lo que se les pide por la justicia, que por los sacrificios.

XV.

Conferir los empleos mas brillantes á vuestros mas inmediatos parientes; pero reservad los mas importantes para vuestros mas sincéros amigos.

XVI.

Creed que vuestra prudencia, la virtud de vuestros amigos, y el amor de vuestros vasallos, son la mejor custodia de vuestra persona: por estos me-

dios sobre todo se adquiere y conserva la autoridad.

XVII.

La fortuna de los particulares no debe seros indiferente; ellos no pueden arruinar sus negocios sin perjudicar los vuestros, ni aumentar sus riquezas sin aumentar vuestros tesoros. La opulencia de cada ciudadano es un fondo seguro para los buenos Reyes (1).

---

(1) No se cree generalmente que deba añadirse nada á las máxîmas de Isócrates, por ser claras y faciles de entender. Pero aquí no podemos escusar el citar una respuesta de Enrique IV, la qual tiene mucha relacion con la máxîma presente. Un Embaxador extrangero le pre-

XVIII.

Sea vuestro reyno un asílo seguro para todos los extrangeros, y encuentren en él una justicia siempre pronta. Si van á vuestra Corte, preferid á aquellos que manifiesten zelo en merecer vuestros beneficios, á aquellos que os traen presentes: hònrar á los primeros, es honraros á vos mismo.

XIX.

Mostraos en todas las circunstancias que os halleis, amigo de

---

preguntó, ¿quanto le valia la Francia? "Lo que yo quiero" respondió este buen Rey. Era porque procuraba á sus vasallos los medios de enriquecerse, y por lo mismo contaba siempre con lo que tenian.

la verdad, y religioso observante de vuestras promesas: vuestra simple palabra debe ser mas sagrada, que los juramentos de los otros (1).

XX.

No trateis de gobernar vuestro pueblo con el terror, ni de intimidar á la inocencia. Quando vuestros vasallos hayan aprendido á amaros, mas que á temeros, vos mismo los amaréis sin temerlos.

---

(1) Si la buena fé y la verdad, decia Juan el Bueno, Rey de Francia, fueran desterradas de todo el resto del mundo, debieran encontrarse en la boca de los Reyes.

XXI.

No hagais nada con cólera: afectad que estais irritado, siempre que sea preciso y oportuno. No seais menos exâcto en inquirir las faltas, que en castigarlas con moderacion, y en que la pena sea siempre inferior al delito.

XXII.

No saque su fuerza vuestra autoridad, ni de la dureza del mando, ni del rigor de los castigos, sino de la superioridad de vuestra sabiduría, y de la opinion que tengan los ciudadanos de que sois mas ilustrado que ellos mismos sobre sus verdaderos intereses.

XXIII.

Procurad el adquirir los conocimientos que debe tener un guerrero; y pronto siempre á defenderos, mostrad que sois amigo de la paz, por vuestra aversion á toda usurpacion.

XXIV.

Tened con los Estados pequeños las mismas consideraciones, que las que querriais tuviesen con el vuestro otras Potencias mas poderosas.

XXV.

No lleveis siempre con rigor vuestros derechos, y no trateis de combatir sino quando os sea útil el vencer. Nadie es despreciable quando cede por ventaja

suya, sino quando triunfa en perjuicio suyo.

XXVI.

No honres con el título de grande al que forma proyectos sobre sus fuerzas, sino al que, sabio en sus deseos, puede executar todo lo que emprehende.

XXVII.

No admires al Príncipe que supo adquirir un grande Imperio, sino al que sábiamente gobierna los Estados que ha recibido de sus padres. Cree que para ser verdaderamente dichoso, no hay necesidad de mandar á pueblos numerosos enmedio de los peligros y los temores, sino contentarse con la fortuna que se tiene, manifestarse como uno

debe ser, y no tener sino deseos moderados para poder satisfacerlos.

XXVIII.

No hagais amigos por casualidad, y no os inclineis sino á hombres dignos de vuestra amistad. Buscad Ministros zelosos, mas bien que cortesanos lisongeros.

XXIX.

Mostraos dificil en la eleccion de vuestros amigos, y preferid siempre á aquellos que os harán mas perfecto, y que darán á los otros una idea mas alta de vos mismo.

XXX.

Experimentad con cuidado á

los hombres que os rodean, y persuadiros á que las personas retiradas de vuestra Corte, os creerán semejante á aquellos con quienes gustais vivir.

XXXI.

Para empeñaros á escoger bien vuestros Ministros, no olvideis jamás que sois responsable de su conducta.

XXXII.

Mirad como un amigo seguro al hombre sincéro que os advierte vuestras faltas, y no al que os aprueba todo lo que decís y haceis.

XXXIII.

Dexad á la sabiduría la libertad de hacerse oir: ella se

apresurará á daros sus consejos en los negocios espinosos.

XXXIV.

Aprended á distinguir el verdadero amigo, del lisongero artificioso; y jamás favorezcais el vicio en detrimento de la virtud.

XXXV.

Escuchad lo que vuestros cortesanos dicen unos de otros: éste es el medio de conocer á la vez, tanto á los que hablan, como á los que son el objeto de sus discursos.

XXXVI.

Castigad la calumnia como castigariais el crimen.

XXXVII.

Vos mandais á los otros; mandaos á vos mismo: pensad que es indigno de un Monarca el hacerse esclavo de sus pasiones, y que éste debe ser dueño de sus deseos, mas que de sus vasallos.

XXXVIII.

No hay que aplaudirse de lo que podria ser obra del malo; haced consistir vuestra principal gloria en la virtud, que nada tiene de comun con el vicio.

XXXIX.

Los honores mas sólidos no son aquellos que os rinden públicamente; porque estos son con freqüencia hijos del temor. Lo

que debe lisongearos es, el ver á los ciudadanos en el seno de su familia, admirar la grandeza de vuestra alma, mas bien que la elevacion de vuestra clase.

XL.

Si os sucede el tener gustos despreciables, encubridlos; pero no temais manifestar vuestro ardor por las cosas grandes.

XLI.

No exîjais de los simples particulares, el que sean arreglados en su vida, mientras que vos os permitís el vivir sin regla: manifestaos, por el contrario, un modelo de sabiduría, porque el pueblo toma el exemplo de sus dueños.

XLII.

La mejor prueba que podeis tener de la prosperidad de vuestro reyno, será la de llegar á ver al fin á vuestros vasallos mas ricos y mas sabios.

XLIII.

Sed mas zeloso en dexar gloria á vuestros hijos, que no riquezas: estas son perecederas, y la gloria es inmortal. El oro puede ser el precio de la gloria; pero la gloria no se compra con el peso del oro. Los hombres sin mérito pueden ser ricos; el mérito solo, puede ser célebre.

XLIV.

Sed tan magnífico quando os manifestais al pueblo, como sim-

ple y austéro en vuestra vida privada, y como conviene á un Príncipe: de este modo la multitud herida del resplandor de vuestra persona, os creerá digno de mandar; y vuestros privados, en la distancia proporcionada para conocer la fuerza de vuestra alma, tendrán de vos la misma opinion.

XLV.

Observaos en vuestras acciones y en vuestras palabras: esta atencion os hará evitar bastantes faltas.

XLVI.

Lo esencial sería el mantenerse en los límites de una exâcta moderacion; pero como no es facil el determinar estos límites,

preferid el quedaros del lado de acá, mas bien que del lado de allá. Mas cerca se está de la moderacion, no yendo hasta el cabo, que quando se pasa de él.

XLVII.

Sed grande y popular á la vez. El ayre de grandeza conviene al poder soberano, y la popularidad al comercio de la amistad. Es dificil observar el justo medio, porque ordinariamente, el que afecta grandeza, enfada; y el que se pica de popularidad, se envilece. Es necesario reunir las dos qualidades, evitando el uno y otro extremo.

XLVIII.

Para adquirir un conocimiento perfecto de los deberes del

Soberano, unid la experiencia al estúdio. El estúdio os indicará los medios para obrar en la ocasion, y la experiencia y el uso os procurarán la facilidad.

XLIX.

Exâminad la conducta de los Príncipes y de los particulares; considerad quales hayan sido sus conseqüencias, y lo pasado os instruirá para lo futuro.

L.

Al ver á unos simples ciudadanos exponerse á morir para merecer elogios despues de su muerte, ¡quán indigno sería de un Monarca el excusarse de hacer acciones que le cubriesen de gloria durante su vida!

L I.

Haced de suerte que las estatuas, y las imagenes que queden de vos, acuerden mas bien los rasgos de vuestras virtudes, que los de vuestra persona.

L I I.

Emplead todos vuestros cuidados en poneros vos y vuestro reyno al abrigo de todo peligro; pero si os es necesario arrostrar los riesgos antes que vivir en el oprobrio, sabed morir con honor.

L I I I.

Aunque hagais lo que hagais, no olvideis que sois Rey, y acordaos de no hacer jamás cosas impropias de la magestad del trono.

LIV.

Temed el morir todo entero: compuesto de un cuerpo fragil y de una alma inmortal, trabajad á lo menos para dexar una eterna memoria de la mas noble porcion de vos mismo.

LV.

Acostumbraos á hablar de las bellas acciones, á fin de aprender á pensar cómo hablaréis, y executad aquello que os haya hecho aprobar una sana razon.

LVI.

Lo que admirais, imitadlo; y las lecciones que diereis á vuestros hijos, ponedlas vos mismo en práctica.

LVII.

Gobernar ó dominar, son dos cosas que freqüentemente confunden, y sin embargo son bien diferentes. El que gobierna, consagra todos sus cuidados á la felicidad de los que le obedecen; y el que domina, por el contrario, hace servir á sus placeres los trabajos y las penas de aquellos á quienes manda.

LVIII.

Un Príncipe sabio, en vez de procurarse placeres con los sudores agenos, no excusa los suyos para que sus vasallos sean felices.

LIX.

Un buen Monarca, bien di-

ferente de los otros Príncipes que encargan los trabajos, y se reservan los placeres, toma á su cargo las fatigas, y hace comunes las ventajas.

LX.

¡Cómo podrian dexar de ser sagrados, los dias consagrados á la felicidad de los pueblos!

LXI.

Los homenages de un corazon libre y fiero, son infinitamente mas lisongeros que las baxas adulaciones de un alma servil.

LXII.

En obrando con tiranía, se cae inevitablemente en los ma-

les que ella arrastra, y tarde ó temprano se sufre lo que se hacía sufrir á los otros.

LXIII.

El poder tiránico es una carga que agobia, y pesa tanto á los opresores, como á los oprimidos.

LXIV.

El medio mas seguro que tiene un Príncipe para no hallarse agobiado con el peso de los negocios, es el ocuparse en ellos: el verdadero reposo para él, no es el fruto de la inaccion, sino un sabio empleo del tiempo, y un trabajo sostenido.

LXV.

Un verdadero Monarca no trata de imprimir, ni inspirar respeto con la severidad del semblante, sino con la dignidad de su conducta. Como dueño y no esclavo de sus pasiones, quiere con un trabajo moderado asegurarse de los placeres durables, y no prepararse largos trabajos por placeres de un momento.

LXVI.

No descuides nada, dice Isócrates á Filipo, para asegurarte la amistad de Atenas. Mucho mas glorioso es ganar el afecto de los pueblos, que forzar plazas. Las conquistas forman siempre enemigos, y á los soldados es á quie-

nes se atribuye la gloria : en vez de que si os conciliais la benevolencia y la amistad de los pueblos , por todas partes aplaudirán vuestra política.

LXVII.

No (dice tambien el mismo orador al mismo Príncipe , recomendandole á uno de sus antiguos discípulos, que se habia retirado á su Corte), yo no puedo creer que él tenga jamás que arrepentirse de haberse unido á vos , sobre todo quanto pienso en la reputacion de dulzura que gozais , y quando veo que conoceis toda la ventaja que hay en ganar con vuestros beneficios amigos útiles y fieles , y en adquirir muchos otros sirviendo á estos. Todo hombre de mérito es agra-

decido á los que le buscan por todas partes , y cree haber recibido él mismo el bien que ve hacer (1).

LXVIII.

Remontad á las edades mas remotas ; y considerad , que ningun poéta , ni ningun orador, querria prodigar sus elogios , ni á las riquezas de Tántalo , ni al vasto Imperio Pélops , ni al poder de Euristéa. Pero despues de haber celebrado á Hercules y

---

(1) No se puede inculcar demasiado á los Príncipes que por la sola beneficencia merecerán siempre los homenages de los mortales: escuchemos las reflexîones que Isócrates dirige á Filipo , para inspirarle este noble sentimiento.

Theseo, ilustres por una virtud rara y por un valor sublime, todos se apresurarán á alabar á los guerreros de Troya, y á los que les son parecidos. Los mas famosos de aquellos héroes reynaron en pueblos pequeños y en islas estrechas; y sin embargo llenaron toda la tierra de lo célebre de sus nombres (1): porque, sin duda, no son los mas amados entre ellos, los que se han adquirido á sí mismos el gran poder que mas deseaban, sino los que

(1) Testigo Ulises, cuyo nombre tanto se ha extendido, aunque reynó sobre la pequeña isla de Itaca: esta isla, dice Ciceron, que colocada sobre la punta de una roca, parecia desde lejos un simple nido.

han hecho á la Grecia los servicios mas señalados.

Y no solo con respecto á los héroes de Troya han tenido estas disposiciones, sino con relacion tambien á todos los Griegos que han seguido sus huellas. Por exemplo, si celebran nuestra república, no es por haber adquirido el Imperio de las mares: enriquecido su tesoro con las contribuciones de sus aliados: destruído, agrandado ó gobernado á su gusto los pueblos de su dominacion: estas ventajas que en otro tiempo hemos gozado, no nos han atraído sino reconvenciones; pero lo que toda la tierra admira en nosotros, son las batallas de Marathón y de Salamina, y principalmente el genero-

so abandóno que hicimos de nuestra Ciudad por la felicidad de la Grecia (1). Por esta misma regla juzgan á los Lacedeminios: su derrota en los Termópilas es mas célebre que todas sus victorias. Se contempla con un sentimiento de admiracion y de amor, el troféo erigido contra ellos por los bárbaros; en tanto, que no pueden verse sin gemir los que ellos mismos han erigido contra los Griegos: el uno es para nosotros el testimonio del valor, y

(1) Los Atenienses, por salvar la Grecia, abandonaron dos veces la Ciudad, que dos veces fué quemada y destruída; la primera por Xerxes, y la segunda por Mardonio, su General.

los otros no son mas que un monumento de ambicion (1).

LXIX.

Para convenceros de mi exâctitud en observar la justicia, acordaos de las circunstancias en que subí al trono. Los tesoros de mi padre se hallaban agotados: las rentas estaban en el mayor desórden: la confusion reynaba en todas partes: todo pedia los mas

(1) Nicoclés, Rey de Salamina, en un discurso, que Isócrates supone haber sido dirigido por este Monarca á sus vasallos, les da cuenta de los principios de su administracion y de su conducta; principios que hemos recopilado como una leccion importante.

grandes cuidados, mucha atencion y crecidos gastos. Yo no ignoraba que en semejantes coyunturas suele mostrarse poca delicadeza sobre los medios, y que freqüentemente se ve uno obligado á obrar contra su carácter. Ninguna consideracion ha sido bastante para hacerme abandonar mis principios: todo lo he arreglado con la mas escrupulosa integridad, sin descuidarme en aquello que podia contribuír á la gloria y á la prosperidad de mi reyno.

Bien distante de aquella ambicion que codicia las posesiones de otro, y que para emprehender usurpaciones sobre los vecinos, no necesita mas que creerse superior en fuerzas, se me ha visto resistir á los exemplos,

que tenia á la vista, rehusar tambien los países que se me ofrecian, y preferir el encerrarme en los límites de mis antiguos Estados, mas bien que retroceder de sus fronteras, por la violencia y la injusticia.

Sobre el artículo de la moderacion, tengo que decir mas en favor mio. Yo sabía que nada es mas grato á los hombres, que sus mugeres y sus hijos: que las injurias hechas á estos objetos de su ternura, son las que menos perdonan: que semejantes ultrages, ocasionan las mas tristes catástrofes; y que varios particulares, y hasta Monarcas, han sido sus víctimas. Con respecto á esto, nada he tenido que echarme en cara; y desde el primer momento de mi reynado,

tomando un empéño legítimo, me he privado todo otro gusto; no porque ignoráse que á los Príncipes se les perdonan facilmente estas debilidades, siempre que en sus placeres respeten el honor de sus vasallos, sino porque he querido que mi conducta estuviese al abrigo de la mas ligera sospecha, y poder ofrecerla como un modélo á mi pueblo, sabiendo que el comun de los ciudadanos sigue siempre el exemplo de sus dueños. Yo consideré tambien que los Reyes debian ser mas perfectos que los simples particulares, con proporcion á la superioridad de su gerarquía; y me parece que en ellos sería el colmo de la injusticia el obligar á sus subditos á no desmandarse, en tanto que ellos

quebrantaban toda ley. Viendo por otra parte muchas almas bastante comunes, que triunfaban de las otras pasiones, y muchos grandes personages que se habian dexado vencer del deleyte, yo he logrado gloriarme de haber resistido á sus atractivos, y de haberme elevado con este esfuerzo, no sobre el simple vulgar, sino sobre los héroes mas recomendables en toda otra virtud. Por mí, nada conozco mas criminal que esos Príncipes que se ve, en desprecio de un vínculo formado por la vida, mudar de objeto todos los dias, y afligir con su inconstancia á una compañera, á la qual nada querrían perdonarla. Estos Príncipes, que fieles á sus otros empeños, no forman ningun escrúpulo de

violar el mas sagrado de todos, y el mas inviolable, no conocen que una conducta semejante, les prepara, hasta en sus mismos Palacios, disensiones y turbulencias. Pero un Monarca sabio, no contento con mantener la paz en sus Estados, debe estudiar el modo de hacerla reynar en su propia casa, y en todos los lugares que habita: estos son los deberes que prescriben la templanza y la justicia.

Despues de estos motivos y reflexîones, y con arreglo á ellas, he preferido entre las virtudes la templanza y la justicia; y entre los placeres, aquellos que nacen de las acciones honestas, y cuyo fruto es la gloria.

LXX.

Cada uno de vosotros (es un Príncipe que traza él mismo á sus vasallos sus obligaciones), cada uno de vosotros debe desempeñar su empléo con rectitud y con puntualidad, porque si por defecto de uno ú otro faltais á lo que os está prescrito, los negocios faltarán, á lo menos por vuestra parte. Guardaos, pues, de desdeñar ó abandonar el objeto que se os haya confiado: no os figureis que éste sea con respecto al estado de una ligera importancia: aplicad á él la mas severa atencion, y convenceos de que el todo irá bien ó mal, segun que cada parte será bien ó mal arreglada.

LXXI.

Cuidad de los negocios públicos, como de los vuestros propios, y no mireis como una mediana ventaja los honores que se hacen al zelo de vuestros Ministros.

LXXII.

Respetad los bienes de otro, si quereis poseer tranquílamente los vuestros.

LXXIII.

Sed con respecto á los otros, lo que quereis que yo sea con respecto á vos.

LXXIV.

No os apresureis en enriqueceros: preferid siempre á una

grande fortuna, una buena reputacion. Entre los bárbaros (1), como entre los Griegos, son los mas distinguidos por sus virtudes, aquellos que gozan de la mas sólida prosperidad.

LXXV.

Creed que las injustas ventajas mas bien son escollos, que no riquezas.

LXXVI.

No mireis, ni como una pérdida, lo que deis; ni como una

---

(1) Se sabe que los Griegos llamaban extrangeros á todos aquellos que no eran ciudadanos de su república, y bárbaros á todos los que no eran Griegos.

ganancia, lo que os dieren. Ni se pierde ni se gana siempre, dando ó recibiendo: ni uno ni otro es ventajoso, sino segun las circunstancias, y en tanto que se obra por un principio de virtud.

LXXVII.

No executeis con disgusto ninguna órden mia: mientras mas servicios me hagais, mas utilidad encontraréis.

LXXVIII.

Cada uno de vosotros debe persuadirse á que el mas secreto de vuestros malos designios no me puede estár ocùlto, y á que yo estoy presente á sus deliberaciones en espíritu ó en pre-

sencia. Esta reflexîon os hará tomar partidos mas sabios.

LXXIX.

No oculteis, ni lo que poseéis, ni lo que haceis, ni lo que proyectais hacer; creed que el disfráz no camina jamás sin el temor.

LXXX.

Evitad en vuestra conducta las vias obscuras y torcidas: haced que aquella sea tan simple y tan franca, que no presente presa á la calumnia.

LXXXI.

Sed vosotros mismos los jueces de vuestras acciones: haced cuenta que son malas, si deseais

que yo las ignore; y que son buenas, si llegando á mi noticia, han de darme de vosotros mejor idea.

LXXXII.

Si veis que algunos ciudadanos obran contra mi autoridad, no temais el romper el silencio: denunciarlos: ocultar el crimen, es tener parte en él.

LXXXIII.

No tengais por dichoso al que hace el mal al abrigo del secreto, sino á aquel que sabe abstenerse de él. Tarde ó temprano sufrirá el uno la pena que merece; y el otro recibirá la recompensa, de la qual es digno.

LXXXIV.

No formeis, sin mi acuerdo, ni asociaciones, ni asambleas: ellas pueden ser útiles en otros gobiernos; en una Monarquía serán peligrosas.

LXXXV.

No os contenteis con abstenerse de cometer faltas, sino con hacer todo aquello que sea capaz de destruír hasta la mas mínima sospecha.

LXXXVI.

Creed que nada es mas seguro, ni mas sólido, que mi favor.

LXXXVII.

Trabajad en mantener la constitucion presente, sin suspirar por una mutacion; las revoluciones que trastornan los estados, no reservan las fortunas particulares.

LXXXVIII.

No es solamente el carácter de los Reyes, sino el de los vasallos, el que hace dulce ó rigurosa la administracion. La falta de docilidad en aquellos á quienes se gobierna, obliga freqüentemente á tratarlos con mas severidad que se querría.

LXXXIX.

Contad menos con mi indulgencia, que con vuestra virtud.

X C.

Estad persuadidos á que vuestra seguridad depende de la mia: si mis negocios prosperan, los vuestros prosperarán tambien.

X C I.

Si se trata de obedecer, sed simples, dóciles y adictos á los usos recibidos, y observadores exâctos de las ordenanzas del Soberano; pero mostraos con magnificencia y grandeza, quando se trate de desempeñar funciones públicas, y de hacer executar mis órdenes.

X C I I.

Excitad los jóvenes á la virtud, no solo con avisos y preceptos, sino enseñandoles con

vuestro exemplo lo que deben ser los buenos ciudadanos.

XCIII.

Criad vuestros hijos con la debida sumision al Príncipe, y acostumbrarlos desde luego á que sea su principal estúdio el exercicio de esta virtud. Ellos se hallarán mas en estado de mandar, quando sepan obedecer. Sean honestos y fieles, y tomarán parte en nuestra prosperidad; y arriesgarán su fortuna, si son viciosos y perversos. La mas bella y mas sólida riqueza que podiais dexarles, es mi benevolencia.

XCIV.

Mirad como digno de horror y compasion al hombre que fal-

ta á la buena fé, y abusa de la confianza. Un hombre semejante, debe pasar su vida, necesariamente, sobresaltado, temiendo á todo el mundo, y desconfiando de sus amigos, tanto como de sus enemigos.

XCV.

No se debe envidiar la suerte de los que poseen inmensas riquezas, sino la de los que nada tienen que echarse en cara. Una conciencia pura, es la que hace pasar los dias con felicidad.

XCVI.

No os figureis que el vicio sea mas útil que la virtud, y no sea odioso sino en el nombre: juzgad de la diferencia de las cosas,

por las diferencias de nombres que se les ha dado.

XCVII.

No tengais envidia á los ciudadanos que ocupán los primeros puestos, sino procurad, con una noble emulacion, y con los mismos servicios, elevaros á la misma clase.

XCVIII.

Amad y respetad al que se halla honrado con el favor del Principe, á fin de que podais obtener para vos mismo la propia ventaja.

XCIX.

Lo que dices en presencia nuestra, piensalo en ausencia nuestra.

C.

Manifestadnos vuestro afecto, mas bien con obras, que no con palabras.

C I.

No hagas á los otros lo que no querrías aguantar de ellos.

C I I.

Lo que en otro vituperais, no lo manifesteis en vosotros mismos.

C I I I.

Esperad el ser dichosos ó desgraciados, segun vuestras malas ó buenas disposiciones, con respecto á vuestro Príncipe.

CIV.

No os contenteis con alabar á las gentes honradas, imitadlas.

CV.

Sean leyes para vosotros mis simples palabras: tened cuidado de conformaros con ellas, y acordaos de que, para adelantar, debeis obrar con arréglo á lo que ordéno.

CVI.

Para concluír, en una palabra, sed, con respecto al Príncipe que os manda, lo que quisierais que fuesen, con respecto á vosotros, los que os obedecen. Unios solamente á este Príncipe: poco hay que detenerse acerca

del bien que de ello puede resultaros. Sí, por lo que hace á mí, yo continúo gobernandoos como antes, y vos me estais sumisos siempre; y así, no tardará el que veais el aumento de vuestras fortunas, el engrandecimiento de mi Imperio, y la prosperidad de todo el reyno. Iguales adelantamientos, no se pagan bastantemente con el precio de todos los peligros y de todos los trabajos; pero aquí, vuestra fidelidad sola, y vuestra exâctitud, os conducirán sin fatiga al colmo de la felicidad.

CVII.

Los partidarios del vicio, y los de la virtud, rara vez están de acuerdo, mi querido Demó-

nico (1); pero principalmente difieren con respecto á la amistad. Los unos conservan afecto á sus amigos, aunque estén ausentes; y los otros, por el contrario, solo les manifiestan cariño mientras están presentes. La amistad de los malos es poco durable; pero el tiempo no altera jamás la de los buenos. Por esto, y porque es cierto que el

---

(1) Demónico, á quien dirige Isócrates un discurso de moral, era un jóven ateniense, hijo de un Hippónico, conocido en la historia de Atenas por su nacimiento, por sus grandes riquezas, y por su mérito personal. Lo que se ha sacado del discurso que precede á las máxîmas, merece ser citado enteramente, como se hace.

deséo de la ciencia y el amor de la gloria, nos arrastran á imitar á los que se manifiestan zelosos de conciliarse la estimacion pública, os envío este discurso como una prenda de mi amistad, y como una prueba de la que me unia á Hippónico, vuestro padre; porque los hijos, no deben heredar menos la amistad, que los bienes de sus progenitores.

La fortuna se presta á nuestros votos, y nosotros nos hallamos dispuestos, el uno y el otro, del modo mas favorable: vos teneis un extremo deséo de aprender, y para mí es un placer el enseñar: vos estais apasionado al estúdio de las letras, y yo gusto de dirigir á los que se entregan á este estúdio. Si es

bueno el exhortar á los amigos á que se apliquen á la eloqüencia, éste es otro género de instruccion mucho mas interesante: dirigir los jóvenes: ocuparse en formar sus costumbres: inspirarles la virtud mas bien que exercitarlos en el arte de la palabra; este es un punto tanto mas esencial, como que es infinitamente mejor conducirlos á vivir bien, que enseñarlos á que hablen bien.

No es mi deséo, mi caro Demónico, el ofreceros aquí preceptos de eloqüencia, sino lecciones de moral. Es preciso que aprendais temprano lo que debe buscar ó evitar un jóven de vuestra edad: con qué personas debe acompañarse; en fin, cómo debe arreglar su vida: porque solo aquellos que saben con-

ducirse, y han entrado en el verdadero camino, son los que pueden llegar al fin que se proponen, y asegurarse de la virtud, que es el mas grande y el mas sólido de todos los bienes. La hermosura es una flor que puede ajarse con una enfermedad, y á quien el tiempo hace desaparecer: las riquezas, freqüentemente instrumentos del vicio, nos entretienen en una vida floxa, y llevan la juventud al deleyte: la fuerza del cuerpo, unida á la prudencia, no es ciertamente la menor ventaja; sola aquella, daña mas que aprovecha: tanto como ella es útil á los atletas para sus exercicios, tanto es perjudicial para las operaciones intelectuales. La sola virtud es siempre provechosa: ella no aban-

dona en la vejéz á aquellos en quienes se ha aumentado y fortificado con la edad : infinitamente preferible á las riquezas y á la cuna , encuentra siempre facil lo que parecería imposible: soporta con valor lo que espanta á la multitud : se avergüenza de la indolencia , y se honra con el trabajo. Es facil convencerse de lo expuesto por los combates de Hercules , y por las hazañas de Teséo : grabada en el alma de estos dos héroes , la virtud imprimió sobre todas sus acciones el sello de una grandeza , á la qual , la duracion de los siglos no ha podido aún borrar la memoria.

Pero sin salir de vuestra familia , ¡ ó Demónico ! acordaos de la conducta de vuestro pa-

dre: ella es el mas bello exemplo que se os puede proponer para que le sigais.

Fiel á la virtud, jamás se abandonó á la ociosidad: fortificando su cuerpo con el trabajo, afirmó su alma con la costumbre de los peligros: justo apreciador de las riquezas, gozaba de sus bienes como un hombre persuadido á que no era inmortal, y los administraba con tanta economía, como si hubiese creído que no debia morir: digno de ser honrado, y lleno de magnificencia, nada se veía que no fuese noble en su modo de vivir: inclinado sin reserva á sus amigos, les profesaba mas afecto que á sus mismos parientes: conocia que para formar los nudos de la amistad, la in-

clinacion tiene mas fuerza que la ley : la eleccion, que la necesidad : las relaciones del carácter, que los derechos de la sangre.

El tiempo me faltaría si quisiera entrar aquí en todos los pormenores de su vida. Puede ser que algun dia pueda emprehender tan gustosa ocupacion ; y baste al presente el haberos presentado este pequeño bosquejo, para que pueda serviros de modélo. Sí, mi querido Demónico, vos debeis mirar las virtudes de vuestro padre, como regla vuestra, y mostraros zeloso de imitarlas. ¡ Cómo ! si los Pintores pueden retratar las mas bellas facciones de los vivos, ¿ no sería una vergüenza, que los hijos no supiesen trazar con sus acciones el quadro de las virtudes de sus

padres? Creed que no hay atleta que deba tener tanto cuidado en triunfar de su rival, como el que vos debeis emplear para igualaros en mérito á vuestro padre. Pensad tambien que para conseguirlo debeis atender á ocupar vuestro entendimiento con excelentes máxîmas: si el cuerpo se fortifica con los trabajos moderados, el espíritu se perfecciona tambien con las instrucciones sabias.

Voy á trazaros en pocas palabras los preceptos que me parezcan mas propios para haceros adelantar en las sendas de la virtud, y para que, observandolos, os atraygan la estimacion de todos los hombres.

CVIII.

Honrad á los inmortales, aun mas con la fidelidad de vuestros juramentos, que con la multitud de víctimas: la una, solo prueba la comodidad y la riqueza; y la otra, testifica la inocencia y la virtud. Adorad siempre á la Divinidad, y principalmente en las fiestas públicas: así verán que honrais á los dioses, y que observais las leyes.

CIX.

Portaos con vuestros padres, como vos quisierais que vuestros hijos se conduxesen algun dia con vos mismo.

CX.

Entre los exercicios del cuer-

po, inclinaos menos á los que pueden aumentar vuestras fuerzas, que á los que deben mantener vuestra salud, y no espereis á hallaros fatigado para suspenderlos (1).

---

(1) Licurgo no habria adoptado esta máxîma para los de Esparta. Isócrates, de un carácter dulce, hombre estudioso y de gabinete, enseñando la eloqüencia, de la qual habia hecho un estúdio particular, no aconseja sino exercicios moderados, propios á mantener la salud del cuerpo, sin ofender las operaciones intelectuales. La Historia nos ha trasmitido exemplos de grandes personages, que con un cuerpo, propio para sostener las mas duras fatigas, han tenido un entendimiento cultivado con el estúdio, y adornado con los mas be-

CXI.

No os permitais, ni risas inmoderadas, ni discursos presuntuosos: las unas anuncian un defecto de sentido, y los otros descubren la locura.

CXII.

Creed que jamás es decente el decir lo que seria vergonzoso hacer.

---

llos conocimientos, que han unido el talento de hablar al de executar, y han sabido servirse de la pluma, tan bien como de la espada.

CXIII.

No mostreis un rostro duro y severo, contentaos con un porte grave y recogido: el primero designa el orgullo, y el segundo la prudencia.

CXIV.

Persuadiros, á que lo que sienta bien á un jóven, es la modestia, el pudor, el amor de la templanza, y el de la justicia. Estas son las virtudes que deben formar el carácter de la juventud.

CXV.

Si os sucede el cometer alguna accion vergonzosa, no os lisongeéis de que pueda quedar absolutamente ignorada; pues

quando pudierais ocultarla á los otros, no lo quedará de vos.

CXVI.

Temed á Dios: honrad á vuestros padres: amad á vuestros amigos, y obedeced las leyes.

CXVII.

No busqueis jamás placeres que no sean honestos. Los placeres son un bien quando se avienen con la honestidad; y son un mal, luego que se apartan de ella.

CXVIII.

Temed el dar ocasion á las imputaciones de la calumnia, aunque sean tan falsas como se quiera: la mayor parte de los hom-

bres, juzga por lo que oye decir.

CXIX.

Todo lo que haceis, hacerlo como si debiera saberlo el público: lo que hubiereis callado durante algun tiempo, se descubrirá despues.

CXX.

En no permitiendoos lo que desaprobais en los otros, merecereis ser estimado.

CXXI.

Sed codicioso de saber, y sereis sabio.

CXXII.

Conservad con el exercicio

los conocimientos que hayais adquirido; y adquirid con el estúdio los que os falten. No retener una instruccion útil, y no guardar los presentes de los amigos, son dos cosas igualmente vergonzosas.

CXXIII.

Todo el tiempo que teneis desocupado, empleadle en escuchar á las gentes instruídas; por este medio aprenderéis sin fatiga lo que ellas han aprendido con un largo trabajo.

CXXIV.

Un tesoro de bellas máxîmas es preferible á un conjunto grande de riquezas. Estas son pasageras, y nos abandonan; las

otras nos quedan. De todas nuestras posesiones, sola la sabiduría es inmortal.

CXXV.

No temais el hacer un viage largo para encontrar hombres que enseñan ciencias útiles. Los Comerciantes, para aumentar sus bienes, arrostran atrevidamente las mares: ¿pues no sería en los jóvenes una cobardía la mas vergonzosa, el rehusar un viage por tierra, para enriquecer su entendimiento?

CXXVI.

Sed fino en vuestras modales, y afable en vuestros discursos. La política pide que se salude al primero que se encuen-

tra; la afabilidad quiere que se le hable con honestidad (1).

CXXVII.

No dexeis de ser político con todo el mundo; pero no os familiariceis sino con las gentes virtuosas: éste es el medio de evitar la enemistad de los unos, y de conciliaros la amistad de los otros.

CXXVIII.

No hableis con mucha freqüencia á las mismas personas,

---

(1) Isócrates entra en menudencias que podrian parecer prolixas, si no se tuviera presente que escribe á un jóven.

ni de la misma cosa largo tiempo: todo nos cansa.

CXXIX.

Con trabajos voluntarios debeis prepararos para soportar la fatiga quando fuere necesario.

CXXX.

Trabajad en señorear todas las pasiones, á las quales os sería vergonzoso el sujetaros, como la codicia, la cólera, el placer y el dolor. No os dexeis arrastrar del interés, si contais por ganancia lo que puede aumentar vuestra gloria, mas bien que vuestras riquezas: vos sabeis reprimir la cólera si os mostrais dispuesto con respecto á aquellos que cometen faltas, como quisierais que lo estuviesen con

respecto á vos, si vos mismo las hubierais cometido: no os dexaréis dominar del placer, si mirais como una vergüenza el obedecer al deleyte, vos que mandais esclavos; en fin, vos os endureceis contra los infortunios, echando una ojeada sobre las miserias agenas, y acordandoos de que sois hombre.

CXXXI.

Sed mas religioso todavía en mantener vuestra palabra, que en guardar un depósito: el que se pica de virtuoso, debe ser tan exâcto en todos sus empeños, que su simple palabra sea mas segura, que el juramento de los otros.

CXXXII.

Si hay necesidad de desconfiar de los malos, la confianza es debida á las gentes de bien; pero no confieis un secreto sino al que tenga tanto interés en guardarlo, como vos mismo.

CXXXIII.

Si se os requiere para que jureis, no consintais en ello, como no sea para sacar á algun amigo de embarazo, ó para purgaros de una acusacion disfamante. Aun quando no debierais afirmar sino la verdad, desde que se trata de interés, no interpongais jamás el nombre de los dioses, por el temor de que os sospechen avaro ó perjuro.

CXXXIV.

Antes de ligaros con alguno, sabed cómo éste se ha portado en sus primeras amistades; es de creer, que no se porte con vos, sino como se ha portado con los otros.

CXXXV.

Sed tan dificil en formar empeños, como atento á no romperlos: tan vergonzoso es mudar amigos sin cesar, como no tenerlos.

CXXXVI.

Probad á vuestros amigos, pero sin comprometeros: fingid necesidades que no tengais, y confiarles secretos, que nada os importe se revelen: si ellos cor-

responden á vuestra confianza, os aseguraréis mas de ellos; y si faltan á ella, no recibireis daño alguno (1).

CXXXVII.

Vos conoceréis á vuestros amigos en el interés que tomen en vuestras desgracias, y en el zelo que manifiesten en vuestras miserias. En el crisól se prueba el oro, y en la adversidad, al amigo verdadero.

---

(1) Los medios que propone el orador para asegurarse de la fidelidad de un amigo, podrian parecer á algunas personas astucias y artificios poco dignos de un alma franca y generosa; y otros no hallarán en ellos sino prudencia.

CXXXVIII.

Uno de los primeros deberes de la amistad, es el de salir al encuentro á las peticiones de sus amigos, y el de ofrecerse uno mismo á socorrerlos en la ocasion.

CXXXIX.

Si en materia de ofensa es vergonzoso el ser vencido por sus enemigos (1), contad que no lo

(1) Los antiguos, en general, pensaban que no solo no habia nada malo en vengarse, sino que sería malo no vengarse, y que sería una señal de cobardía y debilidad, el ceder en injuria á un enemigo. La venganza era entre los Atenienses, lo que es el punto de honor en-

es menos el dexàrse vencer de los amigos en beneficios.

CXL.

Reconoced por verdaderos amigos á los que se afligen por vuestras desgracias; pero mas aún, á aquellos que no se afligen por vuestras satisfacciones : muchos toman parte en las adversidades de sus amigos , y tienen envidia de sus prosperidades.

CXLI.

Hablad de vuestros amigos ausentes, delante de vuestros ami-

---

entre los Franceses ; tan cierto es, que necesitamos un motivo mas que humano, para hacer que venzamos un sentimiento que nos es tan natural.

gos presentes, á fin de que estos conozcan, que no los olvidaréis estando ellos ausentes.

CXLII.

Reyne en vuestros vestidos el aséo, mas no el luxo: éste no es propio sino de una vana ostentacion, y el otro de una decencia honesta.

CXLIII.

Amad las riquezas, no para acumular tesoros, sino para usar bien de ellas. El que las encierra y no las disfruta, es tan digno de desprecio, como un hombre que compráse caballos de mucho valor, y no supiera montarlos.

CXLIV.

Distinguid en vuestras riquezas lo necesario y lo superfluo: haced que os sirvan para las necesidades y los gustos de la vida, porque allá se van el poseér y el gozar (1).

---

(1) Aquí el autor no es facil de entenderse; yo no sé si he cogido bien su idea. Por lo demás, la máxîma francesa, que creo ser la de Isócrates, es conforme á las ideas de muchas gentes del mundo; pero no á los principios del cristianismo, que nos manda emplear lo superfluo, no en los gustos de la vida, sino en el socorro y alivio de los necesitados, y que de este empleo de nuestros bienes nos hace una regla y una obligacion indispensable.

CXLV.

No estimeis los crecidos bienes, sino por poneros en estado de soportar una gran pérdida, ó poder socorrer en una necesidad á un amigo honrado: fuera de esto no tengais sino un mediano apego á las riquezas.

CXLVI.

Contentaos con vuestra situacion presente, pero sin dexar de hacer esfuerzos para mejorarla.

CXLVII.

No eches en cara á nadie su mala fortuna: lo futuro es incierto, y la suerte es la que todo lo arregla acá abaxo.

CXLVIII.

No sirvais sino á las gentes virtuosas : vuestros beneficios, colocados así, son un tesoro. Servir á los malos, es mantener á un perro extraño, que no os ladrará menos que á los otros : los malos tienen tan poco miramiento con los que les sirven, como con los que les dañan.

CXLIX.

El adulador y el embustero os deben ser igualmente odiosos ; los dos son igualmente temibles á qualquiera que les presta su confianza. Si mirais como vuestros mejores amigos á los que os adulan en vuestros defectos, no hallaréis una persona que por

corregiros quiera incurrir en vuestro aborrecimiento.

C L.

Evitad todo lo que puede anunciar orgullo, y recibid con política á quantos os rodean. La fiereza y el desden inquietan hasta á los mismos esclavos; la política y la afabilidad se concilian todos los corazones. La política prohibe el manifestarse triste y repugnante, y chocar con los amigos, quando estos se arrebatan hasta sin motivo: ella quiere que se les ceda en la cólera, y que para hacerles advertencias, se espere á que ésta haya calmado: ella no está mas distante de afectar un tono serio delante de los que rien, que de gustar de reir delante de los que ha-

blan con seriedad ; lo que se hace fuera de tiempo desagrada siempre. El hombre bien criado obliga tanto con sus modales, como con sus servicios , y teme imitar á aquella clase de amigos que choca , aun quando obliga: sobre todo , evita aquel tono de reconvencion y de reprimenda, que inquieta y agria los espíritus.

CLI.

Huíd las ocasiones de beber; pero si la sociedad os empeña á ello , retiraos antes que el vino os sorprehenda. Turbada una vez la cabeza con la embriaguéz , es como aquellos carros , cuyos caballos , despues de haber arrojado al conductor , se abandonan á sí mismos , y se precipitan á

medida de la fuga que llevan. ¡De quántos extravíos no es capaz el hombre, quando la razon no le conduce!

CLII.

Manifestad por la elevacion de vuestros pensamientos, que aspirais á la inmortalidad; y por el moderado uso de las cosas, que os reconoceis mortal.

CLIII.

Vos sabreis quan preferible es la moderacion en los discursos á la aspereza, si pensais que puede sacarse alguna utilidad de los demas defectos, y que la grosería perjudica siempre. El que se ve ofendido de las palabras, suele vengarse con las obras.

CLIV.

¿Queréis contraer amistad con alguno? decid bien de él delante de gentes que puedan contarselo: nosotros nos sentimos dispuestos á ser amigos de aquel que dice bien de nosotros, y propensos al aborrecimiento hácia aquel que habla mal.

CLV.

Quando delibereis, tomad exemplos en lo pasado para lo futuro: lo que es conocido yá, os hará juzgar de lo que no conoceis todavia.

CLVI.

Sed lento en resolver, y pronto en executar.

CLVII.

Creed que si los buenos sucesos vienen de los dioses, los buenos deseos vienen de nosotros (1).

CLVIII.

Puede suceder que tengais que consultar á vuestros amigos en

---

(1) Esta máxîma tiene relacion con lo que dice Horacio: *Det vitam, det opes; æquum mi animum ipse parabo*: que Júpiter me dé la vida y las riquezas: yo me daré á mí mismo la moderacion; pero la tal máxîma no es conforme á las ideas cristianas, las quales nos representan á Dios como autor de todo lo que hacemos, de todo lo que decimos, y de todo lo bueno que pensamos.

cosas sobre las quales temais el abriros enteramente; en tal caso, hablad de ello báxo el nombre de un tercero, y como de un negocio que os es indiferente; por este medio sabreis cómo ellos piensan sin comprometeros.

CLIX.

Quando querrais tomar consejo de otro para vuestros negocios, exâminad desde luego cómo administró éste los suyos: qualquiera que ha arreglado mal sus propios negocios, apenas manejará mejor los de otro.

CLX.

Nada os hará deliberar con mas madurez, que el reflexîonar los inconvenientes de las resoluciones precipitadas: jamás se

cuida mejor la salud, que quando se meditan las conseqüencias desagradables de una enfermedad.

CLXI.

Si vivís junto á los Reyes, tomad sus costumbres y sus usos (1). Viendoos tomar parte en sus gustos, creerán que los aprobais; y éste es el medio mas simple de atraeros la consideracion del público, y el favor del Príncipe.

---

(1) "Tomad sus costumbres y "sus usos" sin duda, con tal que estas costumbres no sean malas, y estos usos no sean criminales; de otro modo, esta máxîma no será jamás de una sana moral.

CLXII.

Obedeced las leyes establecidas por los Monarcas; pero mirad sobre todo su voluntad, como la ley suprema. Con el pueblo es menester un cierto tiento en una democracia; pero en una Monarquía, solo el Soberano debe agradarse (1).

CLXIII.

Quando esteis colocado, no empleéis á los hombres viciosos,

---

(1) Escribiendo Isócrates á un jóven educado, báxo un gobierno popular, y trasplantado á la Corte de un Monarca, le recomienda la mas perfecta sumision á la voluntad del Príncipe, báxo cuyas leyes vive.

pues debeis persuadiros á que os imputarán quanto malo hagan ellos.

CLXIV.

Salid de vuestros empleos mas estimado, que rico: los elogios del público son preferibles á las riquezas.

CLXV.

No protejais, ni defendais una accion mala, porque os creerán capaz de hacer lo que disculpais á otro.

CLXVI.

No os descuideis en elevaros en poder sobre los demas; pero mostraos justo en vuestra elevacion con todo el mundo: de este modo verán, que el dar á cada

uno lo que le es debido, no lo haceis por debilidad, sino por un espíritu de equidad.

CLXVII.

Preferid siempre una pobreza sin tacha, á las riquezas mal adquiridas: éstas no pueden sernos útiles sino durante la vida; en vez que la providad nos colma de la gloria, hasta despues de la muerte. Las unas no suelen ser sino el patrimonio de los malos, y la otra la porcion de las gentes de bien.

CLXVIII.

No envidies la fortuna del malo que prospera, sino mas bien, la suerte del hombre de bien, que no merecia sufrir. Éste, aun quando de presente no tenga

ventaja alguna, tendrá siempre sobre el hombre injusto la dulce esperanza de un dichoso por venir.

CLXIX.

Contentaos con tener un cuidado razonable con vuestra persona, y cultivad cuidadosamente vuestro espíritu. Un buen entendimiento, es lo que hay mas grande en el hombre, reunido á lo que hay mas endeble.

CLXX.

Fortificad vuestro cuerpo con el trabajo, y vuestro entendimiento con el estúdio: lo uno os servirá de instrumento para executar lo que habreis resuelto, y lo otro os ilustrará en las resoluciones que debais formar.

CLXXI.

Antes de hablar, pensad lo que vais á decir: la lengua en muchos, previene la reflexîon.

CLXXII.

No hableis sino quando esteis perfectamente instruído, ó quando os halleis obligado á romper el silencio. Solo en este caso, vale mas el hablar, que el callar; fuera de esto, mas vale callar, que hablar.

CLXXIII.

Nada hay estable en este mundo. Tened siempre presente esta verdad, y no os dexaréis, ni transportar de la alegría

en la prosperidad, ni abatir tampoco por el dolor, en la desgracia.

CLXXIV.

En los buenos ó malos sucesos, no os alegreis, ni os aflijais sin medida, y no expongais jamás á la vista del público vuestro gozo ó vuestra tristeza. Es extraño, que mientras se tiene tanto cuidado en ocultar el dinero, se publiquen por todas partes con indiscrecion los sentimientos que se experimentan.

CLXXV.

Temed mas la infamia, que el peligro: solo el malo es quien debe temer la muerte; el hombre de bien, solo debe temer la ignominia.

CLXXVI.

No os arrojeis al peligro sin necesidad; pero si os es preciso correr las fortunas de la guerra, no temais sino la vergüenza, y no busqueis vuestra prosperidad sino en vuestro valor. El morir es el destíno comun de los hombres; pero el morir con gloria, es el privilegio del hombre virtuoso.

CLXXVII.

Para inspiraros mas el gusto de las cosas honestas, pensad que no exîsten otros placeres verdaderos, que los que ellas procuran. En el estado de una floxa indolencia, y en una entera satisfaccion de los sentidos, la pena sigue de cerca al placer; se em-

pieza por lo uno, y se acaba por lo otro: en vez que los esfuerzos y los sacrificios, que piden la práctica de la virtud, y la atencion á arreglar sabiamente la vida, son siempre recompensados con un deleyte sólido y puro: el placer viene despues de la pena. Ahora, en todas las cosas, la memoria de lo pasado es mucho mas viva que el sentimiento de lo presente; y ordinariamente quando nos inclinamos á una accion, es menos por la accion misma, que por lo que debe resultar de ella.

CLXXVIII.

Imaginad tambien que los hombres sin principios tienen el derecho de hacer todo lo que quieren: sobre este tono se han

anunciado en el mundo; pero los que se pican de ser regulares, no sabrian, sin merecer la desaprobacion del público, ser descuidados en la práctica de la virtud.

CLXXIX. (*)

Mas importa á los Estados, que á los particulares, el huír de los vicios, y practicar las virtudes. El hombre impío y perverso puede morir antes de sufrir la pena de sus delitos; en vez que los Imperios, que en

(*) Las máxîmas siguientes son extractadas de diversos discursos del mismo autor: ellas ofrecen cada una diferentes puntos de moral, que no tienen conexîon alguna entre ellos.

algun modo son inmortales, dexan á los dioses y á los hombres el tiempo de castigarlos.

CLXXX.

Ordinariamente se está dispuesto á tratar con maña á los que están prontos á defenderse; en vez de que tanto mas se exîge, quanta menos resistencia se encuentra en ellos.

CLXXXI.

Por estimable que sea el que es moderado por carácter, debe estimarse mas á aquel que lo es por reflexîon y por principios. Todo hombre que solo es virtuoso por instinto, puede mudar por capricho; pero quando á una felíz propension se une la conviccion de que la virtud es

el mayor de los bienes, debe presumirse, que jamás se apartará de los sentimientos que ella inspira.

CLXXXII.

Nada hay en la naturaleza que sea bueno ó malo absolutamente; el mal ó el bien resulta del uso y de las circunstancias de las cosas. En la felicidad es preciso desear la paz, porque un estado de tranquilidad, es mas propio para asegurarnos el goce de los bienes que hemos adquirido; en la desgracia, es necesario pensar en la guerra, porque enmedio de la turbulencia y del tumulto, y por el atrevimiento en las empresas, se podrá ver cambiarse la fortuna.

CLXXXIII.

No todos deben obrar del mismo modo en las mismas circunstancias; cada uno debe arreglarse á los principios que desde luego adoptó.

CLXXXIV.

La floxedad de un pueblo no se manifiesta menos en las deliberaciones relativas á emprehender una guerra, que en el modo de hacerla. La fortuna tiene la mayor parte en los sucesos de los combates: las resoluciones de una república denuncian sus verdaderos sentimientos.

CLXXXV.

Lo que hace y mantiene floreciente á un Estado, ni es la

fuerza, ni la hermosura de las murallas, ni una grande multitud de hombres juntos en un mismo recinto, sino la excelencia y la sabiduría del gobierno. El gobierno es para una república, lo que la razon para un hombre: él es el alma de ella: él solo hace encontrar recursos en todos los negocios; aleja las desgracias, y fixa la felicidad. Ciudadanos, Ministros, leyes, todo se forma sobre él; y la dicha de los pueblos, depende de la bondad del régimen político.

CLXXXVI.

Las hazañas de nuestros antepasados pueden hacer honor á aquellos, de sus descendientes, que se esfuerzan á seguir sus huellas; pero ellas llenan de ver-

güenza á los que por su molicie y sus desórdenes deshonran tan noble origen.

CLXXXVII.

Todos los hombres aspiran á la dicha; pero no todos saben lo que puede conducirlos al término; y cada uno tiene su modo de ver. Hay quien vea como corresponde el fin que se propone, y que se pone en estado de llegar á él; y otros toman una ruta enteramente opuesta, y jamás le alcanzan.

LCXXXVIII.

El sabio no pierde el tiempo en deliberar acerca de lo que ya sabe; y obra con arreglo á sus propias luces. Luego que determina, lejos de creerse ilus-

trado sobre lo por venir, se persuade á que nada puede saberse sino por conjeturas, y á que la sola fortuna puede decidir del suceso.

CLXXXIX.

Si se ha encontrado una multitud de remedios para las enfermedades del cuerpo, solo hay uno eficaz para los vicios, que son las verdaderas enfermedades del alma; y éste es el sufrir que nos reprehendan valerosamente nuestras faltas. En efecto, ¿no sería una inconseqüencia bien extraña, el aguantar las operaciones mas dolorosas, como el hierro y el fuego, para precaber mayores males, y empezar por desechar consejos, antes de saber si son útiles?

CXC.

Las esperanzas deben fundarse, menos sobre las faltas de sus enemigos, que sobre el estado de sus negocios, y sobre la sabiduría de sus consejos. Los sucesos favorables debidos á la imprudencia de otro, son de corta duracion, y están sujetos á tristes mutaciones; en vez de que los que no se deben sino á sí mismo, tienen una base sólida, y son menos expuestos á una mudanza.

CXCI.

Nada hay tan dañoso como el poder sin límites, envidiado de todos los hombres: él perturba el sentido y la razon á los que se entregan á él; en una

palabra, puede compararse á las cortesanas, cuyos atractivos pierden á los que se abandonan á ellos.

CXCII.

Los beneficios que se reciben en la estrechéz, son los que menos se olvidan.

CXCIII.

La dureza del carácter es tan perjudicial á nosotros mismos, como á los que nos rodean: en lugar de que la dulzura se hace amar, no solamente en los hombres, en los animales, y en todos los seres, sino tambien en los dioses. Llamamos habitadores del olimpo á las divinidades bienhechoras; y damos

nombres mas tristes (1) á las que presiden á las calamidades y á los castigos. Los particulares y los pueblos elevan templos y altares á las unas, en

---

(1) Estos nombres corresponden á las palabras francesas, *dañosos*, *perniciosos*. Las divinidades que presidian á los castigos, eran las furias y otras. Aunque las furias tuviesen un altar en Atenas, en el Areópago, á fin de revocar el juicio que este Tribunal habia pronunciado contra ellas en favor de Orestes, ordinariamente no se les erigian altares á estas clases de divinidades, ni se les hacian sacrificios; se trataba solo de apaciguarlas con ceremonias que llamaban *apompai*, ceremonias que miraban á alejar el mal que ellas hubieran podido hacer.

tanto que se contentan con apaciguar á las otras con ceremonias lúgubres, sin honrarlas ni en las plegarias, ni en los sacrificios.

CXCIV.

Si no tenemos todos sino un cuerpo mortal, los elogios prodigados á la virtud, y á la duracion de un hombre ilustre, nos hacen participar de la inmortalidad, cuyo deseo debe sostener é inflamar nuestro valor.

CXCV.

En general se colma de alabanzas á aquellos que desean aumentar ansiosamente y sin cesar, el tesoro de gloria que poseen; mientras que aquellos hombres fuertemente adictos á los objetos que el vulgo admira, no

son mirados sino como almas viles é interesadas.

CXCVI.

La muerte enmedio de las armas, no es siempre gloriosa: el morir en la guerra es bueno para los padres, los hijos y la patria; pero quando muriendo no se hace mas que ocasionar su ruina, ajar su gloria y aniquilar el fruto de los sucesos pasados, la muerte entonces no es mas que una ignominia.

CXCVII.

La fuerza y la ligereza perecen con el hombre; y las ciencias y las artes le sobreviven, y subsisten siempre para provecho del género humano. Con respecto á estas reflexîones, deben

las gentes sensatas estimar sobre todo á los ciudadanos justos y sabios que los gobiernan, y despues de estos, á los compatriotas que los honran con sus talentos. Los hombres distinguidos en todo género, hacen célebre á su patria, y por ellos solos se juzga de todo un pueblo.

CXCVIII.

Ordinariamente no se ponderan, ni estiman tanto los hijos que hacen revivir padres estimables, como, por exemplo, aquellos que, nacidos de padres duros y crueles, manifiestan inclinaciones enteramente opuestas. Y en general, se está mas satisfecho con un bien inesperado, que con una ventaja que se esperaba con justicia.

CXCIX.

Hacer el elógio de una virtud extraordinaria, no es menos dificil, que alabar un mérito mediano. Aquí faltan las acciones al orador; y allá, los discursos faltan á las acciones.

CC.

Infinitamente vale mas el estar suficientemente instruído en las cosas esenciales, que conocer con perfeccion las inútiles; y tener alguna superioridad sobre los otros en los objetos interesantes, que brillar en las penosas bagatelas.

CCI.

Reprehender con deséo de ofender, es papel de un acusa-

dor: reprehender con el deséo de corregir, es el oficio de un amigo que desea ser útil; y es menester juzgar diferentemente del mismo discurso, pronunciado con diferentes intenciones.

CCII.

El servicio de la patria era para los Atenienses (1), no un comercio en que tuviesen que ganar, sino un ministerio en donde pagaban sus personas. El primer cuidado, luego que en-

(1) Esto es lo que dice Isócrates de los Atenienses, en el mas hermoso tiempo de su administracion, del Tribunal del Areópago, en sus mas hermosos dias, y de la atencion que prestaban para formar la juventud.

traban en exercicio, era el exâminar, no si sus predecesores habian descuidado algun provecho, sino si algun objeto esencial se habia escapado á su vigilancia.

Los ciudadanos necesitados, lejos de tener envidia á los ricos, eran tan zelosos de los intereses de las casas opulentas, como de los suyos propios, persuadidos á que la prosperidad de estas casas era para ellos un recurso siempre abierto. Los ciudadanos acaudalados, sin despreciar á la indigencia, miraban como vergonzoso para ellos, la pobreza de sus compatriotas, y los socorrian en sus necesidades.

Bien puede juzgarse lo que antiguamente era el Areópago, por lo que aun pasa en él en nuestros dias. Hoy mismo, to-

dos aquellos que llegan á ser sus miembros, no importa qual haya sido su conducta, y qual sea su carácter; apenas han entrado en él, quando avergonzandose de entregarse á sus malas inclinaciones, las sacrifican al espíritu del cuerpo. ¡Tanto miedo supieron inspirar nuestros padres á los malos, é imprimir en el lugar de sus asambleas una memoria indeleble de su virtud y de su sabiduría!

Este Tribunal era el de las costumbres. Creer que habrá mejores ciudadanos donde haya mejores leyes, era un error, segun nuestros mayores; porque en esta suposicion, nada impediría á los Griegos el que todos fuesen virtuosos, pudiendo cada pueblo tomar de los otros

sus reglamentos. Pero no son estos réglamentos, sino una regularidad constante, la que hace crecer, y da fuerza á la virtud. La mayor parte de los hombres se conduce segun los principios, en los quales se ha criado. En quanto á la precision de las leyes, y á su multitud, ha de creerse que esto no anuncia otra cosa que la decadencia de un Estado: son otros tantos diques, que ha sido forzoso oponer á los crímenes, á medida que se iban multiplicando. Por esto los sabios ciudadanos, en vez de cubrir de leyes (1) los muros de sus Pórti-

(1) Las leyes en Atenas estaban grabadas en tablas de madera ó de metal, y suspendidas báxo los Pórticos de los principales edificios,

cos, se ocupaban en grabar en sus corazones los principios de justicia. No, no con decretos, sino con costumbres, se gobierna bien una república. Aquel que ha contraído el hábito del vicio, no temerá violar los mas bellos reglamentos; y aquel, por el contrario, que ha adquirido fuertes impresiones de virtud, se conformará gustoso á las ordenanzas útiles. Penetrados de estas verdades, nuestros mayores trataban menos de castigar los desórdenes, que de evitar todo motivo de castigo. Creían que éste era su oficio, y que el cuidado de los castigos, debia aban-

---

cios, para que todo el mundo pudiera leerlas.

donarse á los enemigos.

Su atencion se extendia á todos los miembros del Estado; pero principalmente á la juventud. Veían que esta edad, dominada por una accion inquieta, y tiranizada por un tropel de pasiones violentas, tiene sobre todo necesidad de que se inclinen sus disposiciones del lado de la virtud, y de que la ocupen en trabajos que le agraden; que para ser firme en los buenos principios, es preciso haber recibido una educacion honesta, y estar imbuído en máxîmas y sentimientos generosos. Como las facultades son diferentes, no es posible el prescribir á todos los mismos exercicios: ellos se arreglaban sobre los bienes de cada uno. Á los que tenian una

mediana fortuna, los inclinaban hácia el lado de la agricultura y del comercio, convencidos, por una multitud de exemplos, de que la pereza hace nacer las necesidades, y que las necesidades engendran el crimen: cortando así el principio de los vicios, pensaban haber suprimido todas las faltas que producen. Á los mas ricos, los ocupaban en el exercicio del caballo, en el de la caza, y en el de la filosofía, aplicandolos al estúdio de las ciencias y de las letras; seguros de que por este medio se harian hombres distinguidos, ó á lo menos evitarian todos los desórdenes de su edad.

Despues de haberlos velado en la adolescencia, no los perdian de vista en ningun tiempo.

Dividiendo las campiñas en lugares, y el pueblo en tribus, velaban tambien sobre la conducta de cada particular. Aquellos, cuya vida no era regular, eran citados ante el Areópago, el qual advertia á los unos, amenazaba á los otros, ó los castigaba segun lo merecian: ellos sabian que hay dos medios de arrastrar al crimen ó de exterminarlo; que en los pueblos en donde no se piensa, ni en precaverlo, ni en castigarlo, en donde los Tribunales pecan por demasiada indulgencia, los mejores naturales se pervierten; pero que por todas partes en donde es tan dificil á los culpados el ocultarse, como el obtener gracia, si son descubiertos, el vicio desaparece y las costumbres se purifican.

CCIII. (*)

Hay hombres que han tenido la desvergüenza de decir, que la injusticia, aunque generalmente aborrecida, era provechosa en la mayor parte de las circunstancias; que la equidad por el contrario, bien que estimada y respetada, era perjudicial á nuestros intereses, y menos ventajosa para nosotros mismos, que para aquellos con quienes tenemos que vivir. Ellos se engañan, sin duda, y no ven que nada hay mas apropósito

(*) Hay en la arenga sobre la paz, un lugar comun sobre la justicia, que se ha creído deber citar, sin omitir nada de él.

para hacernos obtener verdaderas ventajas, verdaderos adelantamientos, la verdadera gloria; en una palabra, la verdadera felicidad, que la práctica de todas las virtudes. En efecto, las qualidades del alma son las que nos aseguran la posesion de los bienes que podemos desear; y así, el descuidarse en perfeccionar el alma, es descuidar, sin saberlo, el medio mas conveniente para hacerse mas ilustrado y mas felíz que los otros. ¿Podrian, por otra parte, figurarse, que las personas mas fieles al respeto que debemos á los dioses, y á la justicia debida á los hombres, prontos á sufrirlo todo, y á hacerlo todo por no apartarse de ello, serán menos favorecidas que los perversos, y

no gozarán de privilegio alguno, ni cerca de los dioses, ni de los hombres? En quanto á mí, me hallo persuadido á que ellas solas pueden procurarse ventajas sólidas, y á que las satisfacciones de los malos son funestas siempre. Esos hombres injustos que pretenden usurpar las posesiones agenas, y que miran esta usurpacion como un gran bien, semejantes á aquellos animales voraces, que se dexan coger con cebos groseros, se apoderan codiciosamente de su presa; pero bien presto caen en el exceso del mal: en lugar de que las almas justas y religiosas, gozan en lo presente de un estado tranquílo y seguro, y pueden prometerse todavía una felicidad sólida y durable por el resto de sus dias.

Si hay exemplares en contrario, á lo menos son muy raros. Ahora, supuesto que no se nos ha concedido el leer en lo futuro, y ver con certidumbre lo que debe sucedernos de felíz, exîge la prudencia el elegir lo que es mas comunmente útil. En fin, ¿no sería una contradiccion visible, el creer que la equidad es una disposicion del alma, mas agradable á los dioses que la injusticia, y el pensar que los hombres justos tendrán una vida mas miserable que los malos?

CCIV.

Un orador que se presta al gusto de los que le escuchan, consigue tanto mas facilmente el inducirlos al error, quanto el

placer que nace de sus discursos, es como un velo que les oculta la verdad.

Nosotros no tenemos nada que temer en esta línea del que se pica de ser franco : como no trata de seducirnos , solo ilustrándonos acerca de nuestros verdaderos intereses, nos hará mudar de parecer.

CCV.

Nadie puede, ni juzgar de lo pasado , ni deliberar sobre lo futuro , sin comparar diversos pareceres , y sin haberlos oído todos sin especie alguna de prevencion.

CCVI.

La moderacion es costosa y dura á la mayor parte de los

hombres; porque estos gustan tanto de llenarse de vanas esperanzas, y son tan codiciosos de toda ganancia, aun injusta, que los mas ricos, no contentos jamás con su fortuna, y deseosos siempre de lo que no tienen, se exponen á perder lo que poseen.

CCVII.

La mayor parte de los hombres, es mas enemiga de aquel que la reprehende sus faltas, que de aquel que se las hace cometer.

CCVIII.

Mas favorablemente se escucha un discurso pronunciado, que otro escrito: el uno se mira como inspirado por la nece-

sidad y los negocios, y el otro dictado por el interés ó por el orgullo.

CCIX.

Qualquiera que tiene sentimientos elevados, debe elegir los mas grandes modelos, y esforzarse para seguirlos.

CCX.

Mirad como sabios, no á aquellos que disputan con sutileza objetos frívolos, sino á aquellos que tratan con eloqüencia materias importantes; no á aquellos, cuya alma poco constante fluctua al gusto de las vicisitudes humanas, sino á aquellos que saben soportar igualmente la buena y la mala fortuna.

CCXI.

La eloqüencia sabe quitar la máscara al vicio, y preconizar la virtud. El ignorante se instruye con ella, y el sabio se hace conocer. Nosotros encontramos en el arte de hablar, la señal menos equívoca del talento de pensar. Un discurso sólido, justo y razonable, es la imagen de un alma recta y sincéra. Con la palabra conducimos los hombres á la verdad que se oculta, y á la verdad que se contesta.

CCXII.

El que reprehende y el que acusa, emplean necesariamente con poca diferencia el mismo lenguage; pero siendo su intencion diferente, no debe juzgarse del

mismo modo de los dos, aunque digan las mismas cosas. Á los que por malignidad reprehenden, debe aborrecerseles, como hombres mal intencionados; y á los que reprehenden con justo motivo, debe agradecerseles, y mirarlos como amigos fieles.

CCXIII.

No se debe envidiar la suerte de aquellos hombres soberbios, que se erigen en tiranos de su patria, ni la de aquellos ambiciosos, que se abrogan un poder enorme; sino mas bien la de aquellos espíritus moderados, que muy dignos de honores supremos, se contentan con los que el pueblo les concede.

CCXIV.

Ciegos quasi todos los hombres en sus elecciones, desean con mas ardor lo que les es perjudicial, que lo que puede aprovecharles, y trabajan para sus enemigos, mucho mas que para ellos mismos.

CCXV. (*)

Deben seguramente mirarse como los autores de nuestras mas brillantes prosperidades, y como

---

(*) El elógio de los grandes hombres que gobernaron la república de Atenas antes de las guerras contra los Persas, no debe omitirse en este lugar; y con él se concluirá el extracto de la moral de Isócrates.

dignos de los mayores elogios, aquellos Atenienses generosos que expusieron su vida por la felicidad de la nacion : mas no sería justo olvidar los hombres célebres, que antes de aquellas guerras gobernaron nuestra república. Estos fueron los que formaron el pueblo de Atenas, y los que llenandole de valor, prepararon á los bárbaros, temibles adversarios.

Lejos de descuidar los negocios públicos, lejos de servirse de los tesoros nacionales como de sus bienes propios, y de abandonar el cuidado de ellos como cosas extrañas, los administraban con la misma atencion que su patrimonio, y los respetaban, como debe respetarse el bien ageno. Ellos no colocaban la felicidad

en la opulencia; y les parecia que gozaba las mas sólidas y mas brillantes riquezas aquel que practicaba las acciones mas honrosas, y dexaba mayor gloria á sus hijos. No se les veía combatirse entre ellos con audacia, ni abusar de sus fuerzas, y volverlas contra sus compatriotas; sino, temiendo las reconvenciones de sus conciudadanos, aun mas que una muerte gloriosa enmedio de sus enemigos, se avergonzaban de las faltas comunes, mas que ahora nos avergonzamos de las faltas personales. Lo que los fortificaba en estas felices disposiciones, eran sus leyes llenas de sabiduría, las quales miraban menos el arreglar las discusiones, que el mantener puras las costumbres. Sabian que

para los hombres virtuosos no hay necesidad de multitud de ordenanzas; y que un corto número de reglamentos, basta para hacerles obrar de concierto en los negocios públicos ó particulares. Ocupados unicamente en el bien general, se dividian y separaban para disputarse mutuamente, no la ventaja de destruír á sus rivales para dominar solos, sino la gloria de adelantarlos en servicios hechos á la patria; se acercaban y unian, no para aumentar su crédito ó su fortuna, sino para multiplicar el poder del Estado. El mismo espíritu animaba su conducta con respecto á los otros Griegos: no los ultrajaban: querian mandar, y no tiranizar: querian conciliarse el amor y la confianza de los pue-

blos : ser llamados Xefes , antes que Señores : libertadores , mas bien que opresores ; y ganar los pueblos con beneficios , antes que reducirlos con la violencia. Sus simples palabras eran mas seguras que nuestros juramentos , y los convenios escritos , eran para ellos decretos del destino. Menos zelosos de hacer conocer su poder , que de manifestarse dispuestos en favor de los mas débiles , deseaban que los mas poderosos lo estuviesen tambien con respecto á ellos. En fin , cada república no era á los ojos de cada uno , sino un pueblo particular : la Grecia era una patria comun.

CCXVI.

Aquellos hombres que se muestran báxo un exterior que impone, que con el adorno de su ciencia, ó con la afectacion de sus virtudes, pretenden hacerse estimar mas que valen, no son ordinariamente sino impostores perjudiciales. Los sabios, por lo contrario, que han establecido y arreglado el culto de la divinidad, aun quando hubiesen exâgerado las penas reservadas al crimen, y las recompensas destinadas á la virtud, son los verdaderos bienhechores del género humano: sí, á estos respetables mortales, que han sido los primeros que nos han inspirado el temor de los dioses, es á

quienes debemos la ventaja de no haber vivido como los brutos.

FIN DEL TOMO QUARTO.

COLECCION
DE FILÓSOFOS MORALISTAS
ANTIGUOS.